

La Risa ³⁰ céntimos

1925-61



- Y por fin, ¿cómo pudiste conseguir ese perro...?
 —Muy fácilmente: todo fué cuestión de ~~volar~~ volar unas «perras».

Dibujo de R. SERNY

La novela del sábado

¿QUIÉNES SON?

Esto se preguntarán los que lean

La escena del sofá

que aparece en el primer número de la nueva publicación

La novela del sábado

Los que frecuentan el mundillo de la escena crearán ver en los protagonistas de esta interesante narración, escrita por

EMILIANO RAMIREZ ANGEL

a un actor eminente, ya «maduro», y a una novelista famosa, ya «crepuscular». ¿Son ellos? ¿No lo son?

RAMIREZ ANGEL

con su acostumbrado humorismo sentimental, ha escrito una novela admirable. Pocos le aventajan hoy en esa decorosa amenidad, que tantos lectores le ha conquistado. Este primer número de

La novela del sábado

constituirá un verdadero éxito, y lo serán los sucesivos, porque en ella van a colaborar los muchos ilustres literatos que no tienen firmada exclusiva de ninguna clase.

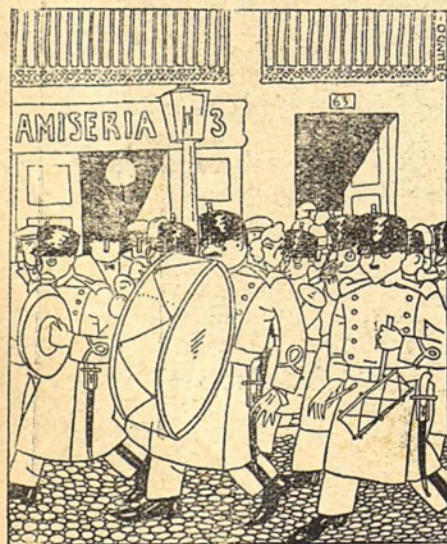
Lea usted la melancólicamente entretenida novela corta

La escena del sofá

¡¡SESENTA Y CUATRO PAGINAS!!

interviú con el autor, por NICOLAS DE SALAS, retrato y cubierta a todo color, mas ilustraciones del popular «MEL», por

VEINTICINCO CÉNTIMOS



—¡Y que me tenga yo que ver así, con el bombo que me han dado!

Dibujo de GALINDO



J. Espi.—¡Hum!.. No, no; de ninguna manera.

Gristófano.—Amigo: Vea usted los primeros números de *Pancho*. Su nacimiento se ha hecho.

Sérvulo. Albacete.—Usted a dibujar. Y eso de «hordinario...» ¡Por Dios!

Nicolasa de los Salones.—Nicolasa, ¿eh? ¡Ande ya, guasón! No puedo adivinar quien es usted, pero... ¡ya caerá! Tengo un ojo detectivesco que vale un ídem de la cara. En serio: me da pena que los hombres se dediquen a mandarnos cartas firmadas con nombres femeninos. El nombre no le hace. Se nota a la legua. Y haga el favor de firmar más bellamente. Y vamos firmando...

A. N. X.—¡Otro! ¡Pero, hombre! Que aquí no somos tontos. Catorce años cazando mujeres, y unos meses de mozos de cuadra, nos han concedido un olfato que ríase usted de las narices de Sánchez Toca. Vaya usted a la... porra. ¡Que ganas de ser mujer!

Antón.—No se le puede complacer, porque no es usted perulero.

Alfredo Iseñ.—¡Qué lástima! ¡Pero es muy largo! ¡Diez y ocho cuartillas! De las tuyas han de ser, todo lo más, seis. Conque «autordocillo». Debe usted pasarse por esta su casa.

J. C. S.—Se publicará.

H. P., J. X. y P. M.—Se publicará, señores.

J. Pascua.—No está mal; pero... Haga más cosas.

Conde X.—Lo mismo le man fiesto.

A. Sánchez Fernández.—Ídem.

A. Belmonte.—Está bien, pero es una cosa muy hecha. Más originalidad.

T. Allegue.—No, no... ¡Y si viera usted cuánto lo sentimos!

P. Paredes.—Ídem.

J. García P.—Mientras mande los originales «con esa letra», pierde el tiempo. No sea tan cuidadoso. Escriba como Dios manda, que ya tenemos las niñas cansadas.

Enropeo. ¡Negrazo!—Ya creo le dije en cierta ocasión que no mande cosas tan sencillas. Vengan artículos «completos».

Gristófano.—Es usted una fiera mandando artículos y cartas. No hemos recibido esos periódicos que cita. Mejor. En serio: no envíe esas cartas tan íntimas y tan largas. Aquí no nos gusta perder el tiempo. Lo que nos ha enviado últimamente no va.

Los envíos háganlo por separado a cada publicación.

Remigton.—Su dibujo ha salido disparado para el cielo como una bala. ¿Con que no va usted a cobrar? Pues me parece que sí va usted a cobrar.

A. Madroño, Madrid.—Siento en el alma que le haya molestado la contestación; pero que el «Blanco y Negro» le haya admitido cosas porque estén bien, no es razón para que usted no haya enviado aquí cosas «mal».

Eso nos demuestra que ustedes, erróneamente pensando, dan más importancia al periódico de D. Torcuato que al nuestro, y están equivocados, porque *La Risa* tiene mucha importancia, y además está hecha por señores que entienden un rato largo más que el susodicho D. Torcuato.

Baltasar Illesca, Madrid.—Otro que tal baila. ¿A nosotros qué nos importa, señor mío, que haya usted publicado en «*Flit*» y en su sucesor la de «*Gracia*»?

Eso no nos demuestra nada, entre otras razones, porque el Sr. Urquía, distinguido fabricante de publicaciones, como D. Torcuato, no entiende de esas cosas.

Repito que para dibujar aquí hace falta hacerlo muy bien, o venir recomendado por el Directorio.

Santoballo, I. M. A., Vilaseca, Enríquez, Rubio Armán.—Se les publicarán sus envíos.

Eugenio Esquivias.—No vale ni el dibujo ni el artículo. Y haga el favor de no equivocarse en las direcciones. Aquí sólo es *La Risa*. Novelas sólo se publican las solicitadas. *La Risa* no tiene nada que ver con las demás publicaciones. A usted, como a todos los demás colaboradores, advertimos que hagan los envíos para cada publicación, pues aunque las tres (*La Risa*, *Pancho-Kolote* y *Biblioteca de La Risa*) son de *Prensa Madrid*, se hallan completamente independientes.

F. Castro M.—No está mal, pero... Hay que interesarse más. Usted hará cosas bien.

F. Lápiz.—Después de leer

¡Hay que ver! ¡Hay que ver! ¡Hay que ver! La cara de don Nico con las gafas dobles, creo yo, creo yo, creo yo, que con las gafas dobles no vea el pantalón... No se me ocurre decirle a usted nada.

Juan López Jiménez. Melilla.—Muy sin importancia. Pero nos da en la nariz que usted puede hacer algo mejor.

M. F. G. Miguelturra.—Pues no ha ido a la Gloria como usted deseaba. ¡Ha ido al Infierno! Calma, mucha calma.

Arteaga. Madrid.—¡Hombre, hombre, hombre!... Esto es una locura. Y de eso del gabán... Si hay algún lector que le quiera mandar el suyo del año pasado... se lo avisaremos. ¡Es usted de abrigo!

Antonio de la Torre. Málaga.—Procurémosle complacerle, amigo. Mande las cosas por separado. Cada cosa en una cuartilla.

E. M. Zaragoza.—Cada cosa debe venir acompañada de un cupón. Si es serio, guárdese. Aquí no tomamos nada en serio.

I. A. Sevilla.—No puede ser. Hay que apretar más, mucho más.

Tristán Tristán. Madrid.—¿Que su firma, la que amenazaba enviarnos, no es desconocida? ¡Pues yo no la conozco! Como que no soy adivino. Nada de bon-bos, señor. Para eso ya estamos nosotros aquí. Lo que nos envió fué al «papelote».

Pepito. Sanlúcar de Barrameda.—Está bien, pero carece de enjundia. Usted escribe y no dudamos hará cosas más festivas. ¡Sol! ¡Sol! Y nosotros: ¡Sombra, buena sombra! Vergan cosas cómicas.

A. Botella. Madrid.—¡Pero, hombre! Si nos vuelve a enviar algo procure se lo pague en limpio, pues por defectos gramaticales y de *sentido común* es imposible leerlo. Une usted el dialogado con todo. ¡Vamos, que resu ta un guisado!

PANCHO KOLATE es el periódico de niños



EL CENTINELA... ¡¡Alto!!

Dibujo de FERVÁ



La Risa

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



Prensa Madrid.

Doctor Fourquet, 4.

Director: Felipe Márquez.

EL AGUA CORRIENTE

HAY todavía en España, en toda España muchos hoteles de cierta categoría que no tienen agua corriente en sus habitaciones.

Sea cual sea la causa, el hecho es que en todos esos sitios el huésped o viajero, cada vez que quiera lavarse, aunque no sea más que las manos, se ve obligado a ejecutar unos trabajos de índole gimnástica que consisten en lo siguiente: primero, ha de agacharse hasta el suelo para coger el jarro donde se halla depositado el líquido elemento; luego, ha de elevar ese jarro a pulso hasta la altura de la jofaina, y llevada a cabo tal operación, ha de volver a bajar hasta el santo suelo el jarrito en cuestión.

Todo esto llevado a cabo tres o cuatro veces durante cada sesión de «toilette», no cabe duda que es de resultados prácticos para hacer disminuir el vientre y desarrollar el juego de los bíceps; pero, aparte de que no se puede suponer que a los hosteleros les guíe esa intención al no instalar el agua corriente en sus albergues, hay que tener en cuenta que no todos los que en ellos se hospedan tienen un vientre que disminuir.

Y no he hablado más que de los trabajos ordinarios y normales que tamaño deficiencia de instalación proporcionan. Hay otros que podríamos llamar extraordinarios, de los cuales fui víctima en cierta ocasión, y que se salen del campo de la gimnasia pura para invadir el del pedes-trismo.

He dicho que los padecí en cierta ocasión, y véase cómo fué: En cierta población de la

baja Andalucía hué de hospedar-me en el mejor hotel de la localidad; era el mejor porque no había más que aquél, y una noche, al volver del teatro, donde había oído cantar a una cupletista muy bravía aquello de: «Agua que no has de beber...», etcétera, tuve la buena idea de lavarme la cara.

Eché mano del jarro y hallélo exhausto. ¿Qué hacer? No toqué el timbre para que acudiera uno de la servidumbre, porque no me ha gustado

nunca perder el tiempo, y al venir al hotel había yo visto al camarero de mi piso en un colmado vecino bebiendo chatos y cantando granadinas.

Entonces recordé que al final del pasillo, mucho más largo que la carretera de la Coruña, había yo visto un grifo; tomé el jarro, salí de la habitación y me encaminé a la fuente. Llené el recipiente hasta el pico, y... cuando volví a mi habitación estaba vacío.

¿Cómo? ¿Qué arte de brujería era aquello? Torné al grifo, hice idéntica faena y logré el mismo resultado. Para no cansarte, lector, tanto como yo me cansé aquella noche, te diré que hasta el décimo viaje no me enteré de que aquel cacharro tenía en el fondo un orificio del tamaño de un duro... en cuartos. Por aquel túnel se salía el agua; pero cuando lo descubrí había andado ya obra de catorce kilómetros en la noche y había inundado el pasillo del hotel.

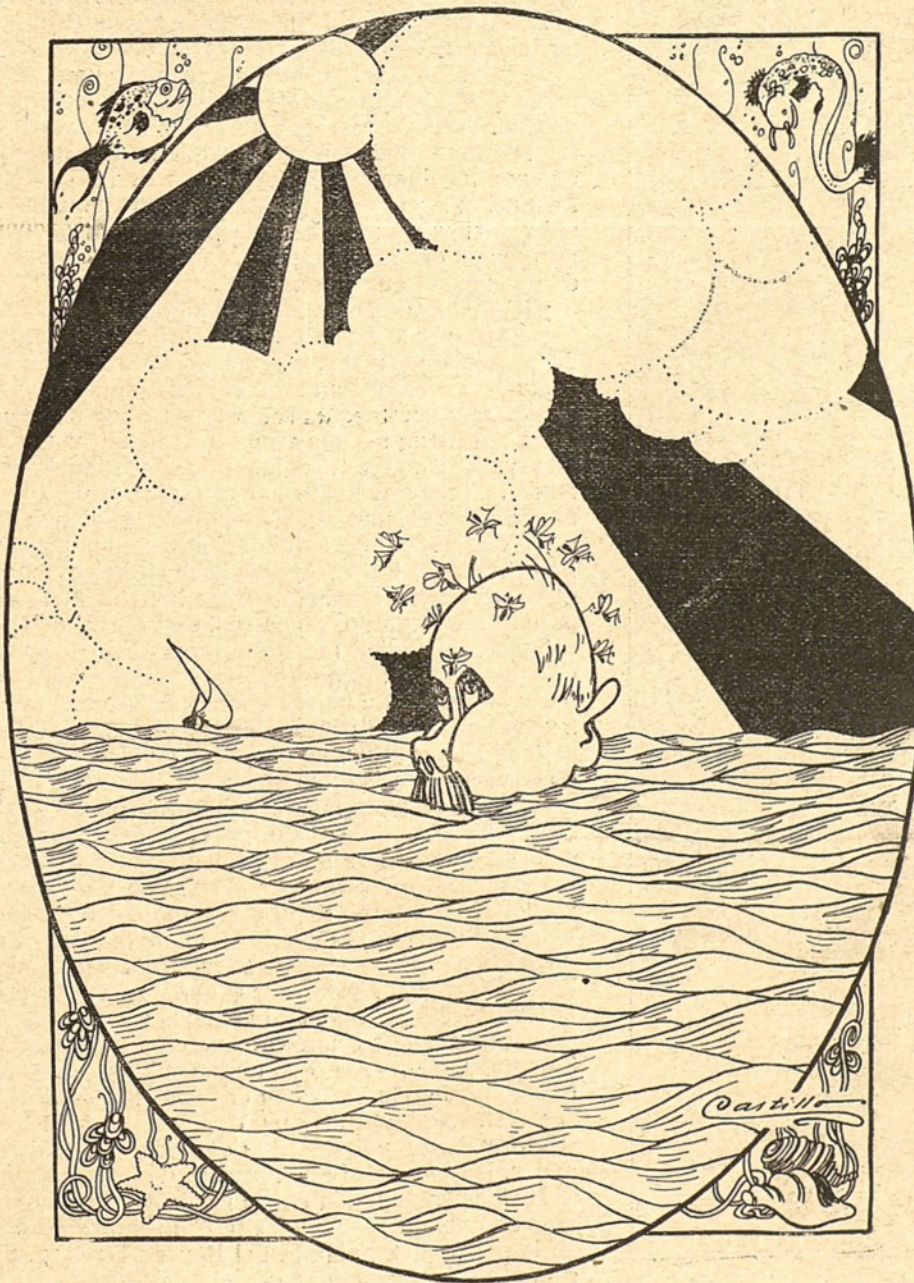
Tal fué la inundación que, algunos pares de calzado que habían quedado esperando la limpieza matinal a las puertas de los cuartos de sus dueños, salieron navegando como barcos de una escuadra que se moviliza.

Y cuando dije al dueño del hotel:

—La culpa es de usted por no tener en su casa aguas corrientes — me replicó:

—¿Más todavía? ¡Pues si han estado corriendo toda la noche!

JOAQUÍN BELDA



FOR ESOS MUNDOS

Dibujo de CASTILLO

La risa a de los mo' quitos.

Ayuntamiento de Madrid



EN VOZ BAJA...

LA MUJER BUENA QUE PASO POR MALA

EN verdad lo digo, prodigiosa Antonia, que yo tenía verdaderas ganas de confesar públicamente la gran admiración y simpatía que usted despierta en mí como artista y como mujer.

Ha sido usted, sin duda, mi admirable y admirada Antonia, creada por Dios; pero cuando ya le faltaba poco para concluir su divino trabajo, espantóse de su obra, y confió al Demonio dar el «último toque». Sólo de esta manera pudo usted reunir todos los atractivos celestiales, aderezados con una salsa totalmente diabólica que hace más sugestivo el guiso.

En usted pueden comprobarse todos los matices de la pasión noble y serena y todas las truculencias mórbidas de una viajera procedente de las calderas de Pedro Botero. Es usted ingenua, sencilla, arrolladora, perversa, delicada, tiranizante y frívola; pero siempre hechizadora. Es usted tirana y esclava; casta y libertina; virgen y madre, y me conforta y me nutre propalar a los cuatro vientos que, ¡por fin!, después de tanto tiempo de irritante espera, he visto surgir ante mis ojos a una sirena auténtica, tan dotada de serpenteos y marrullerías, que ha inquietado la placidez de mi existencia con su atractivo fabuloso.

Sí, fulminante amiga. Para mí, antes las mujeres, si no tenían el pecho precisamente de cristal, por lo menos me permitían la entrada para que me documentase en los secretos adorables de su corazoncito. Pero usted, que sin duda se reserva el derecho de admisión, se había puesto para mí una coraza impenetrable, con la cual me ha tenido más intrigado que si me hubieran internado en un laberinto chino.

Repasando la historia de usted, se piensa en aquellas terribles princesas de la Biblia, que eran fatal y delicioso compendio de perversión y truculencia. Quien se atenga a lo que de usted se dice, temerá en cualquier momento encontrarse con un monstruo tan abominable como *El Demonio de la sensualidad*. Y, sin embargo, ¡qué sorpresa tan agradable se experimenta al observarla a usted de cerca, en el escaparate!...

La esfinge de la leyenda impenetrable y tumultuosa es una criatura plena de armonías y virtudes. Su alma es de color de rosa, y su corazón azul celeste. Posee usted las cualidades espirituales de la virgen soñada por los poetas, y podría afirmarse que ha sido usted virgen antes y después de esos terribles pecadillos de los cuales está usted convicta y confesa. La machicha y el cuplé pecaminoso han pasado por usted como el rayo de sol por el cristal: sin romperla ni mancharla, y cada vez que usted interpretaba un «vodevil» picante, causaba la impresión de un ángel cometiendo un exquisito pecado mortal.

¡He aquí lo que despierta mi admiración y simpatía por usted!

Yo siempre la había conceptuado una sirena perturbadora, y a pesar de que usted me atraía invenciblemente desde hace seis años que nos presentaron en Barcelona, la huía elegantemente para librarme de un peligro que no acertaba a precisar, pero que mi instinto me advertía. Me hubiera agradado ser muy amigo de usted, violar su espíritu, acariciar su alma y degustar—es la palabra—su inquietante psicología; pero..., no obstante..., siempre había entre nosotros un tul—¿o una alfombra?—que impedía el acercamiento. Al lado de usted me encontraba como en visita, y yo, que mantengo intimidad con tantas artistas, con las cuales fraternizo, como La Goya, Amalia Molina, Pilar Guerrero, Maruja Lopelegui y otras realmente inteligentes, me hallaba al lado de usted complacido, pero desconcertado, como gallo en corral ajeno.

Solo otra mujer me ha producido la misma sensación de agradable pavor que usted: Raquel Meller. Eramos amigos; pero yo comprendía que entre la más tarde ilustre esposa de Gómez Carrillo y yo latía algo que frustraría un total acercamiento.

Pues bien; yo que la diputaba a usted tan terriblemente peligrosa, al observarla de cerca quedé maravillado. ¡Cuántas mujeres con categoría de virtuosas tienen menos candor que usted y carecen de un sentido ético tan puro y ecuánime como usted! No es que yo trate de situarla en el clásico sindicato de las once mil vírgenes—entre otras razones, porque usted protestaría airada—; pero sí afirmo y sostengo que posee usted el verdadero concepto de la moral moderna en la mujer de teatro que no es hipócrita, pacata ni aburrida. Si la artista edificante es la enemiga de abluciones interiores, que zurce calcetines junto a los bastidores en las horas de ensayo, ignorante e incapaz de exponer una idea brillante, usted no es una comedianta de las que hoy «se estilan»; pero si la mujer de teatro ha de ser una criatura plena de matices sentimentales y delicadezas íntimas, seductora, no ya en las tablas, sino después de descendido el telón, usted es la auténtica encarnación de la actriz ideal soñada por los novelistas, el hada Viviane, deseada por los hombres selectos, que no se conforman con aplaudir a la comedianta, sino que pretenden admirar a la mujer. Dudo mucho que ninguna de las famosas histrionas de las cuales la Historia nos habla como modelo de criaturas interesantes, lo fuesen más que usted. Mademoiselle Clairon aromó el siglo XVIII; Lola Montes, no la de Pozueta, sino la del Rey de Baviera, perfumó el XIX; usted alegrará con su fragancia el XX.

Si usted me autorizase para escribir su biografía, ese trabajo resultaría el mejor de los míos, y puede usted estar segura de que Chateaubriand no

hubiese hablado de Madame Recamier con tanta devoción como yo lo haría de usted.

Es usted única, lubricante amiga. No se limita a cantar, sino que necesita cantar. Y lo consigue con el irresistible hechizo de sus ojos, que piden guerra delicadamente, y la magia de su conversación.

Ante una criatura de los encantos de usted, ¿qué de particular tiene que un novelista como yo, insaciable buscador de almas femeninas, se rinda cautivado, dejando caer siete kilos de baba?

Sí, adorable y adorada esfinge. Yo me declaro oficialmente prisionero de su belleza, de su arte, de su talento y de su simpatía, y me complazco en reconocerla como dueña y señora de mis pensamientos. El escritor se confiesa fascinado por una hija de Eva que, como usted, reúne todas las tentaciones de su gloriosa progenitora, la del Paraíso, la que tentó a Adán con una manzana, y la que le hubiera tentado con una pera o con un higo si se lo hubiese propuesto.

Adiós, espejo de virtudes, tirana sediciosa dominada por ternuras increíbles, dulce fantasma evocador de la reina de Saba. Quisiera ser Salomón para ofrecerle todos los tesoros que el encalabrinado monarca brindó a la divina Belkis. Como, desgraciadamente, no poseo otros tesoros, que los de mi buena voluntad, mi simpatía y mi entusiasmo, queden humildemente postrados a sus pies, en los cuales puede usted dar por recibido un beso tan prolongado, que deje una expresiva huella azul y rosa: como su corazón y como su alma.

ALVARO RETANA.

SOCIALISMO FESTIVO

En un congreso de socialistas
científicos — Discurso inaugural
del presidente

SEÑORES y compañeros: El congreso os saluda con hiperestésica efusión. Confía en que vuestra fuerza logrará imprimir a vuestra materia un verbo cálido; que las emanaciones pluricelulares de vuestras neuronas inundarán los pneumas y provocarán la revolución mental llamada a suprimir la superstición crysohedónica; que vuestra prudente difidencia no se dejará apretar por epilépticas convulsiones o por los impulsos del histerismo ni tampoco por los influjos deprimentes que llevan a la agorafobia, o por los del prurito dilemático, que conduce al caos utopístico; que el giro elíptico de vuestras demostraciones se cumplirá heliocéntrico en torno a la realidad, y que la misión fonográfica, que hoy os congrega para un fin acústico, se compensará con la energía intelectual, complementadora de la indispensable ritmación mecánica. Yo quisiera que pasáseis más allá del androismo, aunque sin abuso; pues esto último significaría una regresión al socialismo incomprensivo y romántico. ¡Ojalá vuestra labor humanitaria se muestre libre de toda contaminación sintética y el algoritmo de las necesidades crematísticas de la clase obrera se conforme en un todo a la verdad de las cosas! ¡Ojalá la inducción sincategoremática de vuestra sociología se ciña a lo empírico, inhibiéndose de toda soñación ontológica o estética!

EDMUNDO GONZALEZ BLANCO

EL CASERO ENGAÑADO

DON Juan Palomilla era un casero como casi todos los caseros. Esto creo es suficiente para dejarle retratado.

Doña Emerenciana Embudo era una señora viuda que tenía, además de varios callos, ojos de gallo y un surtido de juanetes, la cantidad aterradora de diez y ocho hijos. Nada más.

* * *

Doña Emerenciana, en aquel piso tan pequeño de la calle del Reloj, se volvía loca, unas veces de rabia, cuando su numerosa prole cometía disturbios, y otras, de pena cuando veía que sus retoños, dada la pequeñez del piso, tenían que dormir unos encima de otros.

Un día esta buena señora le dijo a Felipa, su antigua criada:

—Oye, Felipa: ¿verdad que nos deberíamos mudar?

Felipa, que era una caballería con sabañones, después de mirar al techo, contestó:

—Yo, señora, me he «mudao» el otro día, porque como una, aunque es «probe», es «aseá»...

—¡No, mujer! Digo mudarnos de casa.

—¿Y me pregunta usted eso, doña Emerenciana? ¡Mudarnos! Pues ya lo creo. A los tres años de inorir su marido, que Dios le tenga en preferencia u palco, cuando usted empezó a tener tanto hijo, ya pensé yo en la mudanza, pues aquí, como usted sabe muy bien, resultamos sardinas en lata.

—Como que no se puede una mover.

—Claro, «semos» tantos para un piso tan pequeño. Esta mañana Pepito no se pudo poner el sombrero hasta que Juanito salió al descansillo de la escalera a estornudar.

—Pues buscaré un cuarto, Felipa.

—«Güeno», señora.

* * *

Encontrado un piso conveniente, y puesta de acuerdo con la excelentísima señora portera, doña Emerenciana fué a visitar al casero, señor don Juan Palomilla.

Hablaron, saltaron a la comba, juga-

ron un tute y luego don Juan se puso muy serio para tratar del alquiler del piso.

—Bueno, señora, todo está bien; pero dígame: ¿tiene usted hijos? Porque, si los tiene, no le alquilo el cuarto. No quiero en mi casa niños, perros ni elefantes.

Doña Emerenciana se quedó aterrada, pero en seguida halló la salvación, pues como había visto lo difícil que era encontrar cuarto, y mucho más difícil teniendo tanto hijo, estaba dispuesta a mentir y hasta a asesinar por tener un piso que la conviniera.

—¿Hijos? ¿Que si tengo hijos? ¡Ah, señor! Todos están en el cementerio...

—Pues me alegro. Así el piso es para usted dijo el casero.

* * *

A los dos días de habitar el piso nuevo doña Emerenciana y compañía, se presentó en él, hecho una verdadera furia, el casero, que se acababa de enterar del engaño. En cuanto tuvo delante a doña Emerenciana, don Juan, lanzando miradas verda teramente anarquistas, comenzó a gritar y a dar saltos extravagantes, como si acabaran de ponerle un par de banderillas de fuego.

—¡Señora! ¡Señora!!

—¡Caballero! ¿Qué pasa?

—¡Diez y ocho hijos! ¡Y decía usted que los tenía en el cementerio!

—Y le dije a usted la verdad, caballero. Aquel día mis hijos estaban en el cementerio.

—¿Es que han resucitado?

—No, señor. Es que aquel día fueron mis niños a llevar unas flores para adornar la tumba de su tía...

—¡Una tía! ¡Una tía! ¡Falso! ¡Aquí no pasa! ¡Oh!!...

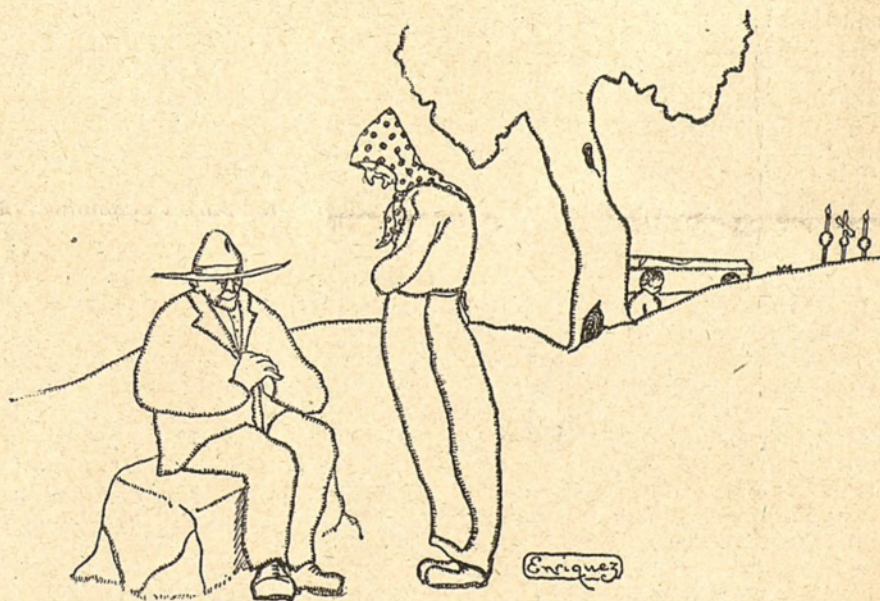
Don Juan Palomilla, el casero engañado, lanzó un taco, extendió los brazos y de su garganta salió un suspiro. Acababa de morir.

Y al otro día, una vez más, la Prensa metía la pata diciendo que un casero se había suicidado saltándose la tapa de los sesos con una sartén de arroz...

El drama quedaba en el misterio.

¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!...

NICOLÁS DE SALAS



—¿Y de qué murió el «tío Usebio?»

—De gola.

—Era natural, ¡con aquellas cataratas que tenía! ..

Dibujo de ENRIQUEZ

¡OH, LOS GRANDES HOMBRES!

Los seres infinitamente pequeños no tenemos otro remedio que admirar a aquéllos que han sido dotados por la Naturaleza con un talento que no les cabe en el sombrero.

—¿Ha visto usted a don Atilano, que tiene una cara que parece que acaba de comerse kilo y medio de bicarbonato untado en pan? Pues es un hombre que vale mucho.

—¿Al peso o suelto?

—¡Oh, tiene grandes ideas! Ya verá usted el día en que se destape.

—Se enfriará, seguramente.

—Quiero decir cuando demuestre al vulgo que es un pozo de ciencia.

Desde aquel momento, el ensalzado crece en la consideración de todo el mundo y hay quien se pegaría hasta con su familia por tener el honor de ofrecer un pitillo al hombre de ciencia aquel.

Cuando éste penetra en el café y se acerca a una tertulia, todos se apresuran a hacerle sitio como si se tratara de un torero de moda.

—Aquí, siéntese en este lado.

—No, que puede darle el aire. En este diván.

—Támpoco, que tiene un muelle roto y puede hacerle daño en tan importante parte de su individuo.

Y de tal modo cuidan la preciosa vida del homenajeados sus admiradores, que causan la estupefacción de los otros concurrentes al café, alguno de los cuales se apresura a preguntar al camarero:

—Dime, Paco, ¿es de porcelana aquel caballero al que todos cuidan tanto?

—No sé, señorito; pero el otro día uno de ellos me ofreció dos pesetas porque le guardara en una botella lo que ese señor deja en el fondo de la taza.

—¡Caray, será milagroso!

Mientras tanto, la lumbrera aquella se despoja con toda solemnidad de su abrigo, se deja caer sobre el asiento, se rascas el oído con el meñique izquierdo y dice, con tono campanudo:

—¿Qué hay?

El camarero, que le contempla también embelesado, replica inmediatamente:

—Pues lo de siempre señor: café, té chocolate, paeila, pero si el señor desea un flan o sopa de huevos...

Aquella inocencia del camarero hace sonreír desdeñosamente al grande hombre, que dice: Me contraigo a lo que ocurre en la vida.

—¡Ah!

Entonces ha llegado el momento de que sus admiradores sirvan de algo, y todos se apresuran a darle noticias.

—Que los francos bajan.

—Que Belmonte vuelve a torear.

—Que se ha estrenado un cuplé nuevo. ¿Quiere usted que se le cante?

—Que hace frío.

Don Atilano oye todo aquello en actitud displicente y suele contestar con una vulgaridad del tamaño de una cafetera de las grandes, vulgaridad que todos oyen entusiasmados, no faltando quien diga por lo bajo: Qué barbaridad y que cerebro tiene este hombre.

Cuando don Atilano entra en su casa, sale a recibirle toda la familia y hasta la criada aparece con las tenazas de remover la lumbrera, presentándolas como si presentara las armas.

—Oye, amor mío—le dice la esposa—; ha estado el carbonero a que le paguemos la cuenta.



—¡Pe o desgraciado! ¿Qué ha hecho usted aquí? ¡Todas estas paridas son completamente falsas!

—Le diré... Como usted me dijo que hiciera un inventario... pues he tenido que inventar algo.

Dibujo de Mr. L.

—Hombre inculto.

—Todo lo inculto e incivil que tú quieras, pero opina que el carbón de encina es cosa respetable.

—¡Oh, el vulgo!

Con olímpico desdén sigue hasta su despacho, en el que penetra, llegando hasta la mesa, junto a la cual se sienta y apoya el codo quedando en actitud pensativa.

En la casa, entonces, se produce un silencio más grande que si estuvieran tocando una sinfonía de Beethoven y todos creen que el juicio de don Atilano está en aquel momento luchando con alguna idea beneficiosa para la Humanidad.

Por el pasillo avanza de puntillas la criada.

—Señora, ¿ha preguntado usted al señorito cómo quiere la merluza?

—¡Chis! Cállate, desgraciada que en este momento quizá esté dando con la solución de una idea grande.

—¿Referente a la merluza? ¿Acaso alguna salsa nueva?

—¡No seas idiota!

La criada se alza y toda la familia se queda preocupada ante la labor intelectual que en aquel momento realiza el hombre de ciencia. De pronto sale del despacho un ruido extraño. Todos acuden.

—Quizá las ideas le salgan del cerebro en forma de vapor.

—¡Jesús!—añade la criada—. Ni que fuese la cafetera de un tupi.

—¡Silencio!

Un ruido menos fuerte pone a la familia en posesión de la verdad. El grande hombre está roncando, porque don Atilano ni es grande, ni es pozo de ciencia ni nada, sino un ser completamente vulgar, ahora que la aureola no hay quien se la quite.

A. R. BONNAT.

Vapuleos y zalemas



UNA revolución siempre ha sido una cosa muy seria; pero la de Méjico esta vez ha tenido la propiedad de divertir mucho a la gente.

Desde que se dió el primer grito y se pusieron en movimiento las fuerzas de uno y otro bando, empezaron a circular noticias tan raras y exageradas, que se hacía uno un taco. Tan pronto los revolucionarios habían hecho papilla a los tederados, como estos habían logrado acabar con los primeros, de los que no quedaban ni los rabos.

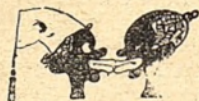
Mucha gente creyó aquí que era algún torero español el que cablegrafaba esas cosas. Porque ya saben ustedes lo fantásticos y exagerados que son nuestros diestros cuando cablegrafan desde aquellas tierras, sobre todo al dar cuenta de sus corridas y de sus éxitos, que muchas veces son corridas en pelo, y ellos comunican que son ovaciones delirantes, orejas y rabos. Y al fin también resulta que no parecen aquí tampoco los rabos.

Yo, cuando vi esa diversidad de noticias que se daban de cachetes unas con otras, y leí que los revolucionarios tomaban jalapa, yo dije:

—¡Esto me huele mal!

Y efectivamente, aquello ha sido ¡ca...!

¡Cál! ¡No me atrevo a decirlo!



ciados en él iban a hacer algo. ¡Claro, que con los piés!...

Porque se ve que en eso no había intervenido la cabeza.



Sea verdad o mentira, lo innegable es que allí como aquí las autoridades practicaron numerosas detenciones de comunistas sospechosos, que han sido encarcelados por precaución.

Pero con tanto comunista, cacique, ex alcalde, ex concejal y ex secretario como han metido en carcel, digo yo una cosa:

¿Quedan para los políticos sitio aún en nuestras cárceles, por si ahora se les exigen las responsabilidades?

No vaya a ocurrir entonces una cosa que es probable: ¡Que al fin por falta de sitio me los echen a la calle!

* * *

En América del Norte la mujer está haciendo tan grandes progresos para emanciparse completamente de la tutela del hombre, que ya hay *oficialas de paleta*, en muchas obras en construcción, que ganan jornales de 30 dólares diarios.

¡Casi nada! ¡Treinta dólares al día una *paleta*!

Habrà que tomar en serio, pero muy en serio a las paletas, si esa costumbre llega a España.

Así como ir pensando en sustituir a las mujeres en las faenas de la casa si ellas ganan esos jornales tan espléndidos.

Yo no tengo el menor inconveniente en c sarme y suplirla en sus tareas, y es, umar el cocido diariamente, y lavar, y ¡hasta hacer mil cosas feas!

* * *

Es tan amargo el sabor de boca que nos ha dejado el fenecido año 1923, con su pectora de calamidades y desventuras, que nos se nos quita ni viendo trabajar a *la Chelito*.

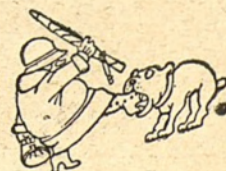
Deprimidos por convulsiones tan profundas, y aplanados por la falta de dinero, nuestro carácter jovial y dídor ha sufrido un cambio tan radical como los marcos, y tan desconcertador como las coronas. Así es que andamos todos de coronilla.

Estamos todos tristes, muy tristes, y para arrancarnos una sonrisa, necesitamos que nos digan un disparate muy gordo. Por ejemplo: que Melquiades Alvarez ha entrado a formar parte del Directorio.

Ni los chistes de Muñoz Seca nos causa ya impresión. Al revés, nos indignan. Una infinita pesadumbre, que nos vuelve sombríos e indiferentes, invade el espíritu de las gentes, que ya no prestan atención ni siquiera a las disposiciones de la *Gaceta*.

¿Qué pasa en España?... ¿Qué secreta melancolía trae en sus entrañas el año que empieza?... ¿Por qué esta tristeza general y esa insensibilidad tan grande?

Como LA RISA no venga a remediar nuestros males, vamos a llorar más lágrimas que en los tiempos libera'es.



F. ROIG BATALLER

MIENTRAS LLUEVE

CABALLERO, perdone usted la libertad, pero la verdad... (¿Qué le digo yo a este hombre?). Es que anoche hubo una tormenta espantosa, el viento soplaba con furor, y se han roto todos los cristales. Todos y deseo volverlos a poner.

—Es muy natural.

—Claro, yo quería que pusiera usted los cristales...

—¿De modo que me ha tomado usted por un vidriero, fontanero y cristallero?...

—Sí, eso es; por una de las tres cosas. Ya ve usted que a cierta distancia... creía que usted podría...

—¿Pagar los vidrios rotos?

—Ahora veo que me he equivocado.

—Sí, un poco, porque no soy esc. Mi profesión no tiene nada que ver con el cristal. Es una profesión menos diáfana.

—¿De modo que usted no sabe?...

—Y siento en el alma no ser fontanero en esta ocasión.

—Estoy avergonzada de mi error, y quisiera darle una satisfacción completa.

—Lo único que quiero es que me preste usted un paraguas para ir a la próxima estación y se lo agradeceré eternamente.

—¿No espera usted a que pase el aguacero? Con estos caminos de barro se va usted a poner perdido.

—¿Más perdido todavía? (¿Pero cómo le digo yo a esta señora que soy un cómico pasado por agua?).

—Con tanto llover se entristece el alma.

—Y el estómago. Pero a mí el agua no me intimida. Yo he surcado los mares; he ido a América, y nada. He ido a Filipinas, y nada. Cruzo un río a nado, y nada, digo, y nado, nado, y nada, no me ahogo.

—¿Ha visitado usted Jamaica?

—¡Jamás!

—¿Tampico?

—Tampoco.

—¿Honduras?

—Varias veces. Una vez nos metimos en Honduras una compañía, para hacer dramas.

—¿Pertenece usted al teatro?

—¡Vamos en un precioso yate titulado «La ballesta».

—¿Fué muy larga la travesía de «La Ballesta»?

—No; la travesía de La Ballesta siempre fué corta. Tocamos en Honduras con suerte, porque venía con nosotros un virtuoso de cornetín que también tocó en Honduras. Aquello fué un río de oro.

—¿Y qué papeles hace usted en el teatro?

—Los que me reparten, porque soy muy modesto.

—Pregunto si le gusta la tragedia.



—Dime ¿quién manga en una compañía más que un teniente?

—Pues... pues... pues dos tenientes.

Dibujo de CRISTÓBAL GONZÁLEZ

—Me encanta. Yo le hago a usted una *Muerte civil*, un *Muérete y verás*, una *Muerte en los labios* y una *Vida alegre y muerte triste*, que se queda usted atacada del cerebro.

—¿Será bella *La muerte en los labios*?

—No hay más que fumarse un puro de a quince, y a las dos chupadas, la muerte.

—¿Le gusta a usted el canto?

—Yo estoy de canto peor que de cara.

—¿Qué vida la de ustedes!

—Una vida alegre, pero la muerte es más triste que un suspiro. ¿Sería usted tan amable que me dejara un paraguas?

—¿Qué prisa tiene! De modo que habrá usted alcanzado éxitos ruidosos?

—Mi mayor éxito lo conseguí con *La degollación de los inocentes*, y, sin embargo, el autor me pegó tres palos, porque decía que le había *degollado* la obra.

—¿Y qué obras prefiere, en verso o en prosa?

—(¿Si será literata esta señora?) Pues a mí el verso me va bien, porque la sonoridad del verso, vamos, lleva ganado... bueno, yo he ganado poco, para ir tirando nada más.

—¿Tendrá usted escrita alguna obra?

—Un melodrama bíblico.

—¿Será real?

—La Biblia en pasta. El primer acto

es la infancia de Adán. Se desarrolla en el Paraíso con Eva, Caín y Abel, que se desarrollan al par que el acto. El segundo y tercero son dos actos recreativos, de contemplación mística. El cuarto acto es muy sentido, y el quinto también sentido. Ahora estoy trabajando en el sexto, que es alegre.

—¿Y qué le falta a usted?

—Para terminar mi obra me falta un sentido.

—¿Abarca usted todos los géneros?

—Todos. Desde *El loco Dios* a *El verdugo de Sevilla*. ¿Que la gente va al teatro? Me hago el verdugo. ¿Que no va? Me hago el loco y no le pago ni a Dios.

—¿Y nunca le han pateado a usted?

—De mis pateos mayores, recuerdo el que me dieron haciendo *La cabeza de Judit*. Fué por haber anunciado *El asno de Buidán* y tenerlo que cambiar repentinamente. Bueno, es que yo hago el asno como pocos, y al ver el público que no lo hacía, me patearon la cabeza.

—¿Algunas obras predispondrán al pateo?

—En eso tienen la exclusiva *Los tres pies al gato*. En cuanto ponen los pies en algunos pueblos, ya nos están dando lo nuestro.

—¿Pero no habrá nunca desgracias?

—¿Que no? En Socuéllamos, haciendo yo *La cabaña de Tom*, me equivoqué tres veces, y cómo se metería el público conmigo en *La cabaña*, que me sacó la Guardia civil asfixiado.

—¡Eso es horrible!

—Pero al día siguiente les puse *Los perros de presa*, y tuve una ovación. En quince días no faltaron *Los perros*, y la despedida la hice con *El grito frigio*.

Fué a petición del alcalde. Yo quería ponerle *El sombrero de copa*; pero el alcalde se empeñó en que le pusieramos el otro sainete.

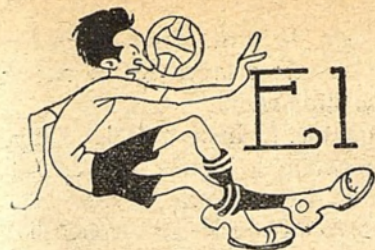
—¿No le han hecho a usted hijo adoptivo de alguna población?

—En varias poblaciones me han hecho hijo, como en Minaya, que a petición de un Centro de párvulos, puse en escena *La madre del cordero*, con tal éxito, que me hicieron hijo. Para corresponder a la fineza, les di tres representaciones de *Los hijos artificiales*, y entre *La madre* y *Los hijos* armé tal ruido en el pueblo, que para contentar a todas las madres les tuve que hacer más de veinte hijos en dos meses sin pagar la entrada.

—Así da gusto ser actor.

LUIS ESTESO.

(Se continuará.)



El mundo en pelota



HABLAR del «fútbol» en el año 1924, es tan difícil como fabricar un paraguas en el Polo Norte sin más utensilios que una ocarina y dos kilos de café; pero, en fin, ya que no hay otro remedio, cogeremos la pluma, y a la velocidad de un búfalo, que es el cuadrúpedo más veloz que conocemos, sacaremos a luz con los apuros maternales este artículo, que si no sale tan brillante como el Trus Joyero, por lo menos saldrá con fosforescencia de luciérnaga.

En una tarde madrileña en que el bullicio dominguero llena las calles de la metrópoli formando una vorágine tumultuosa, descendiendo por los Cuatro Caminos un proceloso Océano humano que internándose por las calles de Bravo Murillo y Santa Engracia, desemboca en el centro de la población. Por todos sitios se oyen gritos de chiquillos, risas argentinas de gargantas marmóreas, voces masculinas, sonidos de organillos y cánticos de domésticas.

Oímos voces de jóvenes que hablan del chut de Monjardín, del miedo de Del Campo y de las patas de Pololo. Decididos a averiguar el verdadero dominio que ejerce el balompié sobre los madrileños, nos proponemos observar al público, y aunque se nos trate de curiosos, oír sus conversaciones:

Dos rollos bien

—Te digo Polito que cada día me entusiasma más Triana. ¡Oh, qué piernas más bestiales tiene! ¡Qué delantero más estupendo!

—Pues, ¿y Pololo?

—Pololo ha estado colosal. ¡Es un bestia cargando!

Mientras habla masca «chewing-gum» y hace molinetes con la cañita.

—En cuanto le cuente a Tuliita lo bien que ha estado Fajardo, le va a dar un vahido que le va a temblar hasta el canotier...

Dos modistillas y un estudiante.

El estudiante piropeando a una de las muchachas:

—Tiene usted más línea que una parada de Zamora...

La modista al reparar en las líneas curvas que el joven ostenta por piernas:

—Pa mí, que el que tiene líneas es usted, panoli.

El joven azorado:

—Caramba que salida; ni Martínez. ¿Es usted de Guadalajara por un casual? Porque tiene usted unas con estiraciones que apabullan la región to-

rácita, y ya que es usted tan simpática la convido a dos cañas y tres reales de percebes en la Glorieta de Bilbao.

La modista ofendida:

—Pero so acémila, quién se ha creído usted que soy yo?...—Dando la vuelta—. Con Dios mancebo.

El joven:

—Hasta el valle, prenda.

Dos chulos.

—¿T'agustao Celipe, las junturas quesianas de Monjardín? Ese ninchi no diquela lo que es el sentío del balón ni la formalidá de la peana. Con el torrao hace tó y juega con las pezuñas peor que Romanones.

—¿Qué me vas a decir tú a mí de ese? Si padece de elefantitis gástrica, ¿qué quies que haga? Además que paece que siempre tie carpania y no diquela. ¿Pues y al irarse a rematar? Si parece que se quíe jamar a tó el mundo.

Dos vascos que han dejado el frontón por el foot-ball.

—Si jugada que te habría hecho bien Triana, goal que te hace y balón que metería en la red, sin que el portero te habría sabido pararla, ¿no es

verdad, Echalagorrieb, ñigoachebarrieta?

—Que cosas que te tienes. Si verdad que tú dises como un puño te es, pero si Monjardín te habría estado mejor, ya te habría hecho más goals, pero hoy Monjardín te está tontón y chocholo de la cabeza. Si Travieso habría sido, veinticinco goals que te habría metido, pues.

Dos académicos.

—Casi, caro amigo, he sufrido mental enajenación al observar la jugada monstruosa del futuro héroe del balompié ibérico...

—Yo en mi existencia había tenido ocasión de aplaudir a un futbolero, pero te digo que hoy mi nítido intelecto se emocionó de forma tal que alienado lancé al éter mis sonoros aplausos.

Un poeta

—¡Ay! Al observar la patada de Triana he sentido que mi alma desfallecía de alegría y que las lágrimas aflúan a mi rostro. ¡Qué emoción! El público aplaudía... El héroe se sonreía lleno de satisfacción mientras los demás compañeros pifaban por la arena.

El sol, en el espacio silente,
declinaba lentamente, lentamente...

Los pajarillos con sus trinos preludiaban un canto sentimental, y yo, lejos olvidado de todos, allá en general, sollozaba de alegría al contemplar el cuadro esplendoroso que la bella natura ofrecía a mi vista...

Dos ultraistas.

—Otimio, que chut el del joven del estrellado mesáico. Que manera de galaicar fosfóreamente el unicornio épico.

—Bien, Meandro, admirablemente. Estoy aún emocionado del juego del joven ménico. ¡Qué de salar por el cedro gláuco, que de imerger la extremidad en el fondo del balón! ¡Oh, amigo mío! Cada vez que recuerdo esto, los mares abordan mi faz y los radiadores culebrean bromeícamente.

Nosotros.

—A nosotros, ya cansados, no nos quedan alientos más que para trazar la firma de

POCHOLO



—¿Con que también con cigarros puros en los bolsillos, eh? Pues de esto he de dar parte a tu padre.

—¿Para qué va a dar parte a nadie? Lo mejor es que se los fume usted entero.

Dibujo de GONZÁLEZ



—Yo, que he aprendido siete lenguas, le aseguro a usted que la peor es la alemana.
—Hay otra peor todavía: ¡La lengua de mi mujer!

Dibujo de GARRIDO

La tragedia de acertar una vez

EL buen hombre escribió una comedia que fué aplaudidísima la noche del estreno, y le hizo célebre, o eligió un billete de la lotería, que resultó premiado y le hizo rico; o ganó una gran copa en un certamen, que le hizo popular; o inventó algo maravilloso, que le llenó de laureles y felicitaciones la casa. Esto es: al cabo de muchos sinsabores, de tanteos infinitos, de derrochar paciencia y tenacidad y optimismo, comenzó a desquitarse.

Pero, declárese: el primer sorprendido, por lo general, fué él mismo. Con ser muy honda su vanidad, no le quitó proporciones a su asombro. Y a solas, delante del espejo, contemplábase con arrobo hermano del de Narciso, el que vivía enamorado de sí mismo. Secuestrado por el orgullo, pensando una y otra vez en su éxito, se palpaba el cráneo. «¿Es posible—pensaba—que arda aquí dentro la hoguera del genio? ¿Cómo se me ocurrió esta obra, pasmo del teatro, delicia de los públicos? O ¿Buena corazonada tuve al elegir aquel numerito

que estaba en el escaparate anunciando el gordo? O ¿Tú sabes bien, Fulanito, lo que has inventado? Nadie creía en ti, pero ahora no tienen más remedio que rendirse a la realidad. Eres mucho hombre».

Y el interesado se volvía a acariciar la cabeza, fábrica de ideas redentoras, aparato que le había servido para colocarse, de repente, por encima de todas las cabezas del país. No vivía en paz, temeroso de perder tal tesoro. Ideó guardarlo en un Banco, en un estuche, para no verlo expuesto a un envidioso criminal o a una cobarde neuralgia. Por fin, tras no pocas perplejidades, resolvió seguir utilizando la cabeza, y trabajó con ella, más ambiciosamente que nunca.

Escribió otra comedia, adquirió más billetes, intervino en nuevos concursos, traginó con probetas, alambiques, microscopios y maquinarias. Pero entonces la suerte sé le mostró esquiva. En el teatro le patearon, en la lotería perdió

sus dineros, la gran copa se la llevó otro, y en punto a inventos no pasó de torpes intentonas.

La gente que lo había festejado le volvió la espalda. La gente que se había complacido en atribuirle talento, ahora se entretuvo en el goce de negárselo. Ya no iba nadie a su casa. Ningún periódico hablaba de él. Nadie le pedía dinero. No le achuchaban para saludarle, no le daban golpecitos en los homoplatos. Empezaba a dejar de ser famoso...

Los pocos amigos que le veían, decíanle de tarde en tarde: «A ver, hombre, a ver si escribes otra comedia como «aquella»... o inventa usted otro aparato como «aquel». o «huele» otro capicúa como «el de entonces»... Y el año célebre o rico, se enfadaba consigo mismo y torcía el gesto, y consumía por kilos el bicarbonato, y miraba de reojo, y se abandonó al deporte de hablar malísimamente de todo el mundo. Había acertado una vez y la gente no se lo perdona. Este era su error, esta su cruz, su desventura. Los que no aciertan jamás, suelen vivir tan felizmente como los que aciertan a todas horas. Para los que como el borrico de la fábula tocan un día la flauta por pura casualidad, perpetran el delito más imperdonable. Ellos, imaginando haber escalado un trono, llegan a percatarse de que se han hundido en una sima.

Estos seres que aciertan una vez, parecen sometidos a la condenación de continuar acertando. Este compromiso les arruina y desbarata para mientras vivan. La gloria, que al fin es mujer, les confía sus favores para concluir peleándose con ellos como una rabanera. ¿Es que ellos son los primeros en no resignarse a dejar de tener talento para acertar, o es que la divinidad misteriosa de los aciertos les obliga a seguir acertando?

Y el problema es peliagudo. Entre tener talento una sola vez, o no tenerlo nunca, ¿qué será preferible? Parece que nuestros conciudadanos estiman el que no se tenga nunca. Desde luego es más cómodo y menos expuesto a desazones. El que no acierta jamás a ser nada, es más cómodo y menos expuesto a desazones. El que no acierta jamás a ser nada, es un candidato a serlo siempre todo. El que no acertó nunca, es precisamente el que tiene más probabilidades de acertar. El que no da nunca con el remedio es el llamado a remediar, y en esto sí que los españoles no tenemos quien nos aventaje. No demostrar talento para acertar equivale a tener positivo talento. Hay cucos que se disfrazan de torpes. Después se casan con la hija de un político gordo, o se hacen secretarios del gordo, y ya está.

E. RAMÍREZ ÁNGEL

Ayuntamiento de Madrid



VAMOS a merece. P

Don Ho maurista— además, e más, esc Sierra por literario y Don Ho estrenada tulo de La de público como qui que la... poco. Por ma folletti uso de Ra Y no. A ni hay mis vale. Eng La... co ma nuevo tira contr se desarr sociedad buena so Maura a r gran mun rros Enrí

«Si que o

Nosotr la buena: hay cada dad que ni en bro después bien, que tocrática a la que, tual todo Solo h ¡Oh! Si I gal, ¡San de antañ vista del queremo la Socie sus medi al uso de cosas de nedores tante gra que los gos, Co más y m fosol

Cuanc tituto y e doctos d las mej de Molir era pequ nuidad, Tirso, c necesita drama que le c



¡Arriba el trapo!



VAMOS a hablar en serio. La cosa lo merece. Palabra.

Don Honorio Maura, que es un joven maurista—es decir, nos lo suponemos—, además, es un joven aristócrata, y, además, escribe unas cosas que Martínez Sierra pone en escena. (Ahora en el *argot* literario y artístico todo son cosas.)

Don Honorio, llama comedia a la obra estrenada en el teatro Eslava con el título de *La mujer misteriosa*, y con éxito de público. Por nosotros que lo llame como quiera. Ahora bien, confesamos que la... comedia (?) nos defraudó un poco. Por el título, pensamos en un drama folletinesco o en un melodramón a uso de Rambal...

Y no. *Aquello*, ni es comedia, ni mujer, ni hay misterio por parte alguna. Y eso no vale. Engañar así a la gente no es serio.

La... comedia (?) basada en el problema nuevo del amor, pretende ser una sátira contra ciertos prejuicios sociales y se desarrolla en eso que se llama buena sociedad o gran mundo. ¡Caray con la buena sociedad que nos ofrece el señor Maura a nuestra atenta curiosidad! ¡Vaya gran mundo! Diremos parodiando a Curros Enríquez:

«Si este e o mundo que fixe...
que o dèmo me lève.»

Nosotros teníamos mejor concepto de la buena sociedad, pero, indudablemente, hay cada buena socia en la buena sociedad que es para no pensar en la Vicaría ni en broma. Lo que yo le decía ayer, después de la función esta, a un niño bien, que tiene una novia «bestial», aristocrática, con una «burrada» de dinero y a la que quiere una «brutalidad.» (Textual todo.)

Solo hay un peligro. Los imitadores. ¡Oh! Si Burgos Mazo, Coello de Portugal, ¡Sánchez Guerra!, con virus literario de antaño, ahora les da por escribir en vista del éxito... Eso sería horrible... No queremos ni pensarlo. Suponemos que la Sociedad de Autores habrá tomado sus medidas de precaución. Si la política al uso del antiguo régimen entra en las cosas del teatro, llevada por sus *manedores* antiguos, es la hecatombe. Bastante grande es ya la crisis teatral, para que los Maura, Sánchez Guerra, Burgos, Coello y otros, si miran a producir más y más frecuentes. ¡No! ¡Primero al foso!

* * *

Cuando estudiaba literatura en el Instituto y en la Universidad, me dieron los doctos doctores que tenía por maestros las mejores referencias acerca de Tirso de Molina y de su obra literaria. Como era pequeño les creí... Confieso mi ingenuidad. Ahora resulta que mi pobre don Tirso, como los malos o noveles autores, necesita, para estrenar en el Español su drama *El condenado por desconfiado*, que le corrijan su obra y le recomiendan

Machado, primero y Machado, segundo ¡Para que se fte uno de las reputaciones, de los genios y de las consagraciones!

¡Ya ni en la paz de los sepulcros creo! —Antes que te cases, mira lo que haces. Y después, no te cases que... ¡pe-ligras!...

El público del día del estreno—público bien—, recibió la obra estupendamente... bien. Se conoce que se vió tan admirablemente retratado que no tuvo más remedio que rendirse ante las sagaces condiciones y las dotes de observador del joven autor dramático.

La crítica, en cambio, lo ha censurado duramente, salvo raras y conservadoras excepciones, por la razón de que hay un tipo, el cronista de salones, que parece idiota, y en el que alguien quiso ver ridiculizada nuestra profesión. No. Y si alguno se vió retratado, peor para él... Los cronistas de sociedad, ni son periodistas, ni escritores. A ellos podrá aplicarse por referencia la conocida advertencia de ciertos específicos: «Desconfiad de las imitaciones...» ya que no representan, ni con mucho, nuestra clase. Afortunadamente...

Los que le censuran hacen mal. Porque deben tener en cuenta que el señor Maura lo que hace es divertirse y con ello no ofende a Dios; y que estos defectos son propios de sus pocos años... de autor. Tal vez algún día nos sorprenda con una obra maestra. En tanto es prematuro juzgarle. ¿Que tiene muchos defectos?... ¿Y qué?... ¿Acaso los que le

escuchaban no los tenían también? Pues nadie les cerró el paso. ¡Y todos tan contentos!

* * *

Paco Viú escribió *El surco* y lo estrenó Borrás. Borrás lo hizo muy bien, pero Viú se echó en el surco y nadie viú el éxito.

Y hay que ver que todos hicieron por salvar la obra lo indecible, pero no hubo remedio... Habrá, pero Viú...

Lo que decía un castizo a su cónyuge: —¡Peque!... Poco Paco...

* * *

Y a propósito de Borrás. Ahora lo tenemos en La Latina. ¿Descenso? No. Donde esté Borrás, está el centro.

Y el teatro del Centro debutó el lunes Bonafé. ¿A qué hora? La del Alba, sería...

* * *

Se fué la Vera Vergani. Se despidió el domingo con la formidable comedia *Seis personajes en busca de autor*. Al irse dejó entre nosotros una grata memoria y, ¡el caos!, seis mil personajes que buscan también autor, innumerables autores en busca de empresarios y colección de empresarios en busca de autor...

* * *

En Martín cunde el regocijo con *El chivo loco*. Es un chivo que trepa admirablemente la *cuesta* de enero. En el Cómico y la Zarzuela se despidieron las compañías que actuaban.

Y por hoy, también me despido yo. ¡Al fin!

T. ESCUDERO DE MOLINA.



“El chivo loco”, en Martín.

MATATIEMPOS, por GRESAL

CONCURSO.—(Véanse las condiciones en el núm. 60).

Resultado de nuestro concurso del Número-Almanaque

Como ya hemos indicado, la solución exacta es la siguiente:

“La Risa” desea felices Pascuas y buena entrada de año a sus lectores

Hemos recibido OCHOCIENTAS CUARENTA Y SIETE soluciones, de las que, por

dolor!, no han resultado exactas más que las TREINTA Y DOS firmadas por los «matatiempistas» siguientes:

Agapito Riñón y Emilio Riñón, de Madrid; Telesforo Marcellán, de Rentería; Remigio Niño, de Madrid; Antonio Garefa López, de San Sebastián; «Grato Beato», de Toro; Fernando Ruiz Coca, de Madrid; Enrique Bebia, de Madrid; Marceliano Hernández, de Madrid; Francisco de P. Piquer, de Barcelona; «Uno, dos y tres», de Vigo; Manuel García Ranz, de Valencia; Federico López, de Cádiz; Tomás

López, de La Coruña; Saustiano Mangón, de Zaragoza; Andrés Galdón, de Madrid; «El otro y yo», de Sevilla; «Mi niño», de Sevilla; Pedro J. y M., de Alcázar de San Juan; Antonio Ruiz, de Aranjuez; Enrique Pérez, de Valencia; «Un miñón», de Bilbao; María Peláez, de Villanueva; Saturio Hernández, de Soria; Pedro Gómez, de Madrid; Marín de la Guardia, de Madrid; Carmiña Castro, de Santingo; «Aurora Boreal», de Hendaya; «Para mí, para mí será», de Sevilla; Salvador Salinas, de Madrid; Telesforo Allez, de Córdoba; y Lolita Valle, de Madrid.

8.—Para ascender.

Por fin, dándose por vencido, se dirige al señor ERAS y le dice que, efectivamente, aquello no es harina, sino óxido de calcio.

9.—Con un bok no está mal.

DEBAJO DE LA NARIZ
500 j 50500 500 E
j DUEÑO N

10.—Un escondite.

—Oye, dos-tercia, ¿donde guardas el *prima-segunda* que te dió el somatén?

—¡Josú, *prima-dos*! Mía, zi no lo haz tirao ar *tres*, debe estar en el *todo*.

11.—Mi reloj.

A a

CUPÓN para ACOMPAÑAR a todo trabajo literario o dibujo, así como para cualquier concurso, excepto : el especial de MATATIEMPOS :

FUERA DE CONCURSO

Una pregunta suelta cada mes

—¿Qué cantidad de dinero es la que más llena la boca?

Entre los que remitan las contestaciones más ingeniosas, previo el envío del cupón ordinario, se sortearán tres plumas e filográficas, cuya marca diremos en nuestro número de último de este mes.

Las soluciones a GRESAL, en La RISA, apartado 7.002, hasta el día 23 de enero. Los premios y a quien han correspondido, en el primer número de febrero.

CUPÓN NÚM. 2

para acompañar a toda solución que se remita para el concurso :: de MATATIEMPOS de enero ::

Verificado el sorteo de los TRES PREMIOS, consistentes en una suscripción gratis por un año a LA RISA cada uno, han correspondido a los tres solucionistas siguientes:

Don Marceliano Hernández, de Madrid, Ceres, 30.

» Andrés Galdón, de Madrid, Libertad, 4; y

Señorita «Aurora Boreal», de Hendaya (se servirá indicarnos su domicilio).

NUESTROS CONCURSOS

¿Qué haría usted con su suegra?

(Véanse las condiciones en el núm. 51.)

—Atarla a la pata de la mesa y poner en el gramófono el disco del «Hay que ver...» de La Monería, puesto en marcha con motor eléctrico de corriente continua.

(Contestación premiada.)

GRIJOTILLA (Palencia).

—Yo haría con mi suegra: tirarla desde la torre Eiffel, y luego recoger los huesos y llevarlos al Museo de Antigüedades.—Un aviador, Tetuán.

Meterla en una maleta, llevarla al Monte de Piedad y vender la papeleta.

VENANCIO GARCÍA, Madrid.

—Con el pellejo de la barriga de mi suegra haría una zambomba.—Lipún.

—Convertirla en bombo la Nochebuena y en pararrayos las noches malas.—AFRICANO.

—Yo, a mi suegra, no la haría nada: la desharía.—VICENTE LASTRA, Mieres.

—Tenerla en ayunas hasta que llorase el Director de LA RISA.—Rafael del Moral.

—¿Que qué haría? Untarla de miel y colgarla de un árbol para que las moscas le dieran tormento.—A PEÑA, Madrid.

—Yo haría de mi suegra el yunque.—Un herrero, Sahagún.

—Mantenerla con bellotas para que engordara cinco arrobas diarias y pudiera vivir cien años. Y al cabo de dicho tiempo llevarla a la exposición de ganado de cerda... ¡Y de seguro la premiaban!—ISIDRO F. Cañadas.

—Como primera providencia, la ataría del moño en el trole de un tranvía, y después... después, que la segunda providencia se encargara de ella.—FRANCISCO GASCÓN, Madrid.

—Se la cedería, sin ningún interés, a una orquesta de negros para que la utilizasen de instrumento en su «jazz-band» tan solo por una noche.—GONZALO BLANCO, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

PRENSA MADRID

Editora de LA RISA, PANCHO KOLATE
 :: :: y LA NOVELA DEL SABADO :: ::
 Calle del Doctor Fourquet, 4.
 APARTADO 7.002 (MADRID) TELEFONO 30-76 M.

Compre usted el primer tomo de la

Biblioteca de LA RISA

que contiene SEIS novelas estupendas

— DOS PESETAS —

Las favoritas, DE ALVARO RETANA
 La vuelta del marido pródigo, DE FERNANDO LUQUE
 La catalepsia perjudica, DE L. ESTESO
 Una chica de teatro, DE N. DE SALAS
 Todo por seis duros, DE A. R. BONNAT
 El vegetariano, DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

De venta en todas las librerías y en
PRENSA MADRID
 Doctor Fourquet, 4

Número suelto: 25 céntimos

Agotada en veinte días la primera edición, se ha puesto a
 :: la venta la segunda de ::

UNA TARDE MUY BIEN APROVECHADA

Novela cronométrica y un poco inverosímil de.
ANTONIO GASCON

Dos pesetas ejemplar.

Se han puesto a la venta las magníficas
 tapas en tela, con estampaciones de oro,
 para encuadernar por semestres LA RISA, al
 precio de **DOS PESETAS**.

El semestre, completamente encuadernado
 con estas tapas, vale

CUATRO PESETAS

Se encuadernan en el acto.

Se envían a provincias remitiendo el im-
 porte anticipado en giro postal o sellos de
 correos, añadiendo 0,60 pesetas para gastos
 de envío certificado.

Lea usted todos los domingos
 la gran revista infantil

PANCHO KOLATE

Veinte céntimos

Historietas, cuentos, aventuras, con-
 cursos, regalos, etc.

¡¡ Gramofonistas!!

MAGNIFICOS ALBUMS PARA
 COLECCIONAR LOS DISCOS
 DE GRAMOFONOS. RESUL-
 :: TAN MUY PRACTICOS ::

VENTA:

Casas de aparatos de toda España

Y EN LA

Plaza del Conde de Barajas, núm. 5

MADRID

LEA USTED

ALMA IBÉRICA

Revista gráfica de información general

DIRECTOR:

A. SOLIS AVILA

*** REDACTOR JEFE:**

FIDEL PRADO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MINAS, 21

Apartado 10.032.—MADRID

Colaboración de las más prestigio-
 sas firmas.— Información general
 de todo el mundo.— Extensas infor-
 maciones gráficas de actualidad.

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

No deje de ver su número EXTRAORDINARIO
 publicado el día 1 de enero.— 50 CENTIMOS

PATHE BABY

ES EL APARATO PROYECTOR DE PELÍCULAS
 MAS ÚTIL Y CURIOSO DE LOS CONOCIDOS
 HASTA EL DÍA.— INSTRUYE Y DIVIERTE

Exposición y venta: PELIGROS, 14 y 16. -- MADRID

Precios de suscripción a LA RISA

Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	14,40

Extranjero.

	Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....		4,80
Semestre.....		9,60
Año.....		19,20

Las suscripciones empezarán con el primer número de cada mes.
 Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extra-
 ordinarios que puedan publicar.

EL ARCA DE NOE

Libros de cuentos de todas clases

INMENSO SURTIDO EN
 PAPELERÍA Y JUGUETES

Calle del Pez, núm. 2

MADRID

Toda la correspondencia se ha de dirigir al Apartado 7.002

Tip. Yaelles.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

La Risa



—Es estúpida la gente; creerse que doña Berenguela murió aquí.
—Que nos lo digan a nosotros, que sabemos que el castillo tiene cuatrocientos años y doña Berenguela la diñó el año pasado, a los sesenta, en su casa de Madrid de la calle Argensola.

Dibujo de CASTILLO